

IDILIO II.

Porque sabe ¡oh del Cielo, alba señora!  
Que en bella caja de bruñido cuerno  
Me jacto de tener venenos tales  
Que término pondrán á mi martirio.  
No hay en el mundo iguales;  
Me enseñó á componerlos un Asirio.  
¡Adios, oh Reina augusta! Tus bridones  
Dirige hácia el Océano espumantes.  
Mis penas y aflicciones  
Yo soportando seguiré como ántes.  
¡Adios, Luna esplendente!  
¡Adios, vosotras, fúlgidas estrellas  
Que siguiendo con paso diligente  
Del carro de la noche vais las huellas!



IDILIO III.

AMARÍLIS O EL CABRERO

ARGUMENTO.

**U**N CABRERO, cuyo nombre no se expresa, se queja de los desdenes de su amada AMARILIS, y procura ablandarla con su canto. Creen algunos que el Cabrero es el mismo BATO que habla de su AMARILIS en el Idilio siguiente; otros juzgan que es TEOCRITO en persona, viendo una alusion á su otro nombre ó seudónimo SIMIQUIDA, en el verso que habla de las *facciones romas* (συγός) del protagonista. La escena pasa en Italia, cerca de Crotona.

La primera parte de la Egloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa pastoral.

A MI HERMANA.

Tras Amarílis voy. La grey querida  
De mis pintadas cabras, entretanto  
Pace en el monte, y Títiro<sup>1</sup> las cuida.

¡Oh Títiro sin par, mi dulce encanto!  
Mis cabras apacienta con esmero,  
Y dáles de beber de tanto en tanto.



IDILIO III.

Y mira no te acerques al carnero  
Que de Africa me vino, porque cuerna,  
Tí tiro caro, aun al mejor vaquero.

¡Dulcísima Amarfilis! ¿Por qué tierna  
No me llama tu voz? ¿Por qué no asomas  
Como ántes al umbral de tu caverna?

¿Me odias acaso? ¿De facciones romas  
Te parezco de cerca, y muy barbado?  
Vas á hacer que me ahorque. Ten diez pomas:<sup>2</sup>

Para tí en el verjel las he cortado  
Dónde tú me ordenastes, y mañana  
Con otras muchas tornaré cargado.

Vuelve tus ojos á mirarme humana  
Y muévate á piedad mi pena acerba:  
¡Oh si yo fuera abeja! ¡Cuán ufana

Entrara susurrando, y sin reserva  
Posárame en la hiedra que corona  
Tu gruta, y la que te orna verde yerba!

Ahora conozco á Amor. Fiera persona  
Es la del dios vendado; y á sus pechos  
Lo amamantó sin duda una leona.

Del monte se educó entre los helechos;  
Sin abrasar su fuego nada deja:  
Tengo los huesos con su ardor deshechos.

IDILIO III.

¡Oh ninfa sin rival, de negra ceja,<sup>3</sup>  
De bellos ojos y gentil mirada!  
Tu corazón al mármol se asemeja.

Una guirnalda para tí guardada,  
De rosas y apio<sup>4</sup> y hiedra entretejida,  
Conservo ¡oh Amarfilis adorada!

Mas si por fin no dejas tu guarida,  
La haré desesperado mil pedazos,  
¡Ay, infelice! ¿Qué es sin tí la vida?

Perdido voy de la desdicha en brazos.  
¿No me escuchas, cruel? ¡Oh dolor crudo!  
De mi pelliza rompo ya los lazos:

Voy á saltar dentro la mar desnudo,  
Desde el peñon dó el pescador Olpicio<sup>5</sup>  
Al nadador atun acecha agudo.

Aunque al caer del alto precipicio  
No logre hallar la muerte entre las olas,  
Te placará siquier mi sacrificio.

Lo sé. De las veraces amapolas  
Con que explorar tu amor quise de lleno  
Bien me lo revelaron las corolas;

Que en vez de dar el esperado trueno<sup>6</sup>  
Una tras otra deshojóse muda  
Al oprimirla yo contra mi seno.



IDILIO III.

Y la adivina dispó mi duda  
Que el porvenir verídica escudriña  
Del tamiz infalible con la ayuda.

Espigas recogiendo en la campiña  
Iba no há mucho, cuando dijo Agreo  
Que yo de amores muero por mi niña;

Mas desdeñado por mi amor me veo.  
Hay una cabra que en mi grey descuella,  
Color de nieve, y dártela deseo.

Siguiendo dos gemelos van su huella,  
Y há tiempo me la pide con instancia  
Del buen Mermnon la morenita bella,

Eritace, tu amiga; y á su estancia  
Al fin he de llevarla, si tu enojo  
Me sigue persiguiendo y tu arrogancia.

¡Ay, Dioses! ¿Qué será? Me tiembla el ojo  
Derecho sin cesar. ¡Qué! Su divino  
Rostro lograré ver?... Mi rabel cojo.

Empezaré á cantar bajo este pino,  
Y á mirarme tal vez saldrá piadosa  
Que no es su corazon adamantino.—

Hipómenes<sup>7</sup> pretende por esposa  
A su adorada; y no hay poder que enfrene  
De la vírgen la fuga presurosa.

IDILIO III.

Con las manzanas de oro armado viene  
Tras ella; y por cogerlas Atalanta  
El paso rapidísimo detiene.

Vélo, y su rostro varonil la encanta,  
Y á la doncella tal pasión devora  
Que la enloquece y su esquivez quebranta.

De Otris, Melampo que el futuro agora<sup>8</sup>  
Las vacas hasta Pilos pastorea  
Y une á Biantes á gentil señora,

Madre de la prudente Alfesibea.  
¿No es el pastor Adónis quien inflama  
Locamente á la hermosa Citerea?

Paciendo las ovejas en la grama  
Del monte lo miró la Diosa un día,  
Y tanto lo adoró que aun muerto lo ama.

Excita Endimion<sup>9</sup> la envidia mia,  
Que adormecido por la amante Luna  
De eterno sueño goza todavía.

De Jasion envidio la fortuna.  
Tanto logró, que no esperéis profanos  
Que os diga de su amor cosa ninguna.—



IDILIO III.

¡Ay! La cabeza duéleme. Son vanos  
Mujer idolatrada! mis lamentos:  
El inútil rabel sueltan mis manos.

Para tenerme en pié faltanme alientos.  
Voy á tender aquí mi cuerpo inerte;  
Aquí me comerán lobos hambrientos,

Y á miel, ingrata, te sabrá mi suerte.



IDILIO IV.

LOS PASTORES.

ARGUMENTO.



ESTE Idilio es todo bucólico. BATO, cabrero, encuentra á CORIDON, que apacienta las vacas de Egon, ausente en los juegos Olímpicos; y despues de las primeras preguntas de aquel, entablan ambos un variado diálogo, lleno de maledicencia, sobre diversos asuntos pastoriles. La escena pasa en Crotona, ciudad famosa de la Magna Grecia.

Virgilio y el Obispo Balbuena han hecho populares muchos versos de este trozo, reproduciéndolos casi literalmente, el primero en la Egloga tercera, y el segundo en la primera del *Siglo de Oro*.

BATO, CORIDON.

BATO.

Díme, buen Coridon, por vida tuya  
¿De quién son esas vacas? ¿De Filondas?

CORIDON.

No, que el dueño es Egon, y de orden suya  
Las apaciento.